

La guerra y la paz
Una historia cultural

David García Hernán

La guerra y la paz
Una historia cultural

CÁTEDRA
La historia de...

Colección dirigida por Ricardo García Cárcel

1.^a edición, 2019

Diseño de cubierta: INGenius

Ilustración de cubierta: Shoulder Arms © Roy Export S.A.S.
Charlie Chaplin™ © Bubbles Incorporated S.A.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© David García Hernán, 2019

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2019

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Depósito legal: M. 8.567-2019

I.S.B.N.: 978-84-376-4014-3

Printed in Spain

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	13
CAPÍTULO PRIMERO. Un siglo de supremacía de la cultura de la paz	19
Terrible involución: la Segunda Guerra Mundial	23
La Guerra Fría, el horizonte nuclear y los referentes de Vietnam e Iraq	38
Sublimación de la cultura de la paz, y la política que amenaza	51
CAPÍTULO 2. Guerra y paz del mundo antiguo al Medieval	67
Los antecedentes	67
Grecia y la representación del modelo occidental de la guerra	71
La cultura de la guerra en Roma	80
La paz en el mundo antiguo	85
El caballero medieval. Mitos y realidades	95
El espacio medieval para la paz	104
CAPÍTULO 3. Monarquías nacionales y cultura de la guerra	109
Guerra y cultura de la guerra en la Alta Edad Moderna. La tratadística	109
El influyente mundo de la literatura de ficción	124

CAPÍTULO 4. La paz en el humanismo cristiano renacentista	133
Principales posiciones	133
La maldad de la guerra	142
Paz y Cristiandad	148
La realidad se impone	159
CAPÍTULO 5. Literatura en la Europa dividida: espacios para la paz	179
Los desmanes de la guerra	179
El sueño de la paz	183
La paz impuesta	188
Decreciente espacio para la paz	193
La guerra inevitable	200
La paz por agotamiento	204
CAPÍTULO 6. El imperialismo y la paz	213
La cultura de la guerra bajo la idea imperial	213
El concepto de guerra justa y la conquista de América	229
La conquista de tierras de ultramar y la paz en la literatura del Siglo de Oro	239
CAPÍTULO 7. Guerra y paz en el Siglo de la Razón	251
Nuevos métodos, misma crueldad	251
La cultura de la paz en «Las Luces»	274
CAPÍTULO 8. Nacionalismo, neoimperialismo y... pacifismo	287
Las guerras revolucionarias y la maduración de los métodos bélicos	287
La teoría de la guerra. Jomini y, sobre todo, Clausewitz	291
Persistencia de la cultura de la guerra	302
Reclutamiento y antimilitarismo en el siglo XIX	312
Los desastres y excesos de la guerra	316
Debate sobre la guerra y la paz en la literatura decimonónica	329

CAPÍTULO 9. La Gran Guerra y la proyección de la cultura de la paz	339
La época de la Paz Armada	339
El significado histórico de la Gran Guerra	349
Condicionantes y precipitantes	351
Trincheras y gases	354
Las nuevas armas y las tácticas	356
La exaltación de la cultura de la paz	360
CONCLUSIONES	379
BIBLIOGRAFÍA	385

*A Nico.
Bienvenido a nuestra gran familia,
que te quiere muy próximo,
para siempre*

INTRODUCCIÓN

Napoleón Bonaparte, según cuenta el conde Las Cases en su *Memorial*, se quedó profundamente extrañado cuando un habitante de Santa Elena le informó de que no muy lejos de allí había unas islas en las que no existían las armas; a lo que preguntó de una forma casi automática: ¿cómo se batían entonces? Y es que el «gran corso» —en aquellos momentos no tan grande— no podía concebir, como la inmensa mayoría de los hombres y mujeres de su tiempo, una sociedad sin guerra.

Es casi un tópico decir que la guerra ha acompañado al ser humano desde los tiempos más remotos, hasta el punto de que no pocos científicos sociales han afirmado que está en la propia naturaleza y condición humana. Nosotros pensamos que el fenómeno, por muy extendido que esté en el espacio y en el tiempo, tiene una dimensión cultural mucho más grande de lo que habitualmente se ha venido considerando. Es cierto que hubo un tiempo (en realidad, desde siempre, y hasta hace muy poco) en que la historia se entendía esencialmente como el estudio de los hechos militares del pasado. Pero esto ha cambiado mucho ya en los últimos decenios; y, aunque quede bastante por hacer, el panorama de estos estudios nos muestra múltiples vertientes (económicas, sociales, demográficas...) mucho más allá de la narración del de-

sarrollo de los combates. Y entre esas vertientes, la cultural no es precisamente la de menor importancia, sino todo lo contrario.

La crueldad y el sufrimiento es el denominador común de todas las guerras (se hagan con los métodos y técnicas con los que se hagan), y la cuestión tiene mucho de filosófico. Pero este es esencialmente un libro de Historia y, como tal, busca lo más importante de la ciencia historiográfica: el conocimiento de nuestro presente a través del pasado, con vistas a estar en la mejor disposición posible para encarar el futuro. No es por tanto un ensayo sobre la cultura de la paz, o de la guerra de nuestros días, sino una explicación de qué es lo que nos ha llevado a esta dialéctica tan recurrente en la historia de la humanidad en lo que se refiere esencialmente a Occidente, y cómo se ha reflejado en nuestros días, para tener un poco más claro el camino que hay que seguir en este más que trascendental asunto.

Así, este libro refleja un proceso que consideramos importante. El de una paulatina transformación de la superioridad de la cultura de la guerra en una mayor primacía de cultura de la paz, que se va a dar en los largos siglos de la Edad Moderna y hasta la Gran Guerra, a partir de la cual impera ya de una forma definitiva —esperamos— la cultura de la paz. De esta manera, el libro quiere resaltar que el pacifismo de nuestros días no viene solo del siglo xx, sino de todo un proceso largo y complicado anterior en el que se han llegado a conquistar grandes logros en favor de la paz en medio de un contexto en el que la cultura de la guerra tenía mucha más presencia. Lo que ha costado, como se puede suponer, un gigantesco esfuerzo conjunto con no pocas fases de regresión.

El horizonte de este libro es, pues, cultural, entendiendo la cultura en su sentido más amplio, como el conjunto de prácticas y representaciones que denotan un estilo de vida determinado por unas específicas formas de pensar, sentir y actuar, y que operan en una dirección, en este caso, de la guerra o de la paz. Como se puede suponer, no es ni mucho menos fácil penetrar en el univer-

so mental en las distintas épocas con respecto a estos temas, y las fuentes utilizadas no pueden basarse en series estadísticas o elementos exclusivamente cuantitativos. Para lograr esos objetivos de definición de toda una cultura, nos hemos basado esencialmente en el sentido de las representaciones culturales de las que disponemos; y, de ellas, las que reflejan mejor (mucho más que las «historias oficiales» nacionales que están lejos de expresar la difícilmente explicable realidad de un fenómeno irracional) la crueldad de la guerra. Dada la trascendencia del tema, son muchísimas, ingentes, y la mayor parte muy elocuentes, pero por cuestiones elementales de espacio y de imperativos editoriales hemos elegido las que nos han parecido más significativas, admitiendo el hecho de que otras muchas también podrían haber tenido cabida. Se podría aplicar aquí, entonces, esa vieja idea de que no están todas las que son, pero sí son todas las que están. Y entre estas fuentes hemos tenido predilección por aquellas que tuvieran mayor difusión, en cuanto a representaciones culturales, en sus respectivas épocas. Aunque aquí también ha habido que tomar las decisiones desagradables de restringir campos de estudio, limitándonos en este libro a la literatura, el cine y, en ocasiones, a la música, esencialmente. Siendo conscientes de que el arte (como están demostrando grandes especialistas como Víctor Mínguez) hubiera sido también una referencia importante para desvelarnos interesantes interpretaciones.

Somos firmes partidarios de la utilización de la literatura, con los suficientes filtros y contrastes, como fuente histórica. Y porque pensamos que cada autor se somete (lo decía ya Lope de Vega) a la dictadura del público, creemos que se pueden extraer conclusiones —científicas— muy interesantes a partir de los mensajes lanzados en sus obras, de ficción o no, por parte de los creadores, partiendo de la base de que quieren conectar lo mejor posible con sus lectores o, en el caso del teatro o el cine, espectadores. Es decir, para penetrar en esos universos mentales, la literatura, al estar casi obligados los escritores a escribir sobre lo «so-

cioculturalmente» correcto, nos transmite una serie de inclinaciones sobre la psicología colectiva que, analizadas con el mayor rigor metodológico posible, nos acercan a modos de pensar muy diferentes a los nuestros. Y este es un tema, como ninguno, en el que las representaciones culturales son buenos reflejos de muchos aspectos (cómo calibrar en su justa dimensión, por ejemplo, el miedo del soldado cuando se acerca la batalla, o la angustia de una madre por su hijo que ha marchado al frente) que son imposibles de medir.

Y, de esta forma, somos también firmemente partidarios de que tan importante es el estudio directo de los hechos de la guerra o de la paz como el de sus respectivas representaciones culturales. Ahora bien, siempre teniendo en cuenta que la realidad histórica tiene ritmos distintos al de las representaciones culturales, por mucho que haya, constantemente en la historia de Occidente, una relación dialéctica y concomitante entre ambas dimensiones.

Siendo entonces la historia de Occidente el objeto espacial de este estudio, hemos pretendido dar un equilibrado protagonismo a las distintas regiones o países de este amplio campo geográfico y cultural. El hecho de que, en algunos momentos, el caso español pase a tener un sensible protagonismo es debido, en un primer lugar, a la trascendencia que tienen el Siglo de Oro español y la Monarquía Hispánica en estos temas dentro de la llamada Edad Moderna (espacio cronológico fundamental en esta obra); y, en segundo, a la emblemática figura de Galdós, con una bellísima literatura que, en su estilo realista, nos transmite una gran cantidad de ideas y de emociones de una forma personalísima y creemos que muy didáctica. Estas mismas razones referidas a Galdós nos han movido también a dar una gran cabida a las obras de los escritores franceses Erckmann y Chatrian; o también al inglés, nacido en la India, Thackeray.

Asimismo, hemos querido dar un especial protagonismo a la cultura de la paz derivada de los escritos de los grandes humanis-

tas del Renacimiento, por considerar que abrieron, de una forma tremendamente elocuente, innumerables caminos que han servido de referencia en los siglos posteriores.

Como podrá comprobar el lector, «no están todos los que son», pero sí hay una gran cantidad de obras literarias que son examinadas para extraer de ellas la que creemos que es la mejor interpretación historiográfica. Nos ha parecido fundamental poner no solo la edición que consideramos más asequible para el gran público, sino también (entre corchetes) la fecha de publicación original, y, cuando lo requería el caso, la fecha de escritura, más que la de primera publicación.

Solo nos queda, antes de someternos al juicio inapelable del lector, agradecer vivamente a quienes nos han ayudado a que este tenga ahora entre sus manos estas páginas. A la editorial Cátedra y especialmente a Raúl García Bravo, que no solo ha esperado pacientemente el original ante los retrasos (inevitables), sino que me ha dado importantes consejos. Cariñosamente, a Ricardo García Cárcel, que siempre ha confiado en mi buen hacer y al que espero no defraudar. También me han dado muchas indicaciones y han leído diversas partes del manuscrito Enrique Martínez Ruiz (mi maestro), Eduardo González Calleja, Miguel Ángel Prieto Martín, Félix García Hernán y mi mujer, Raquel García Marrero. Mi reconocimiento también para el profesor Rudy Chaulet, de la Université de Franche-Comté, que ha traducido muchos textos franceses de los que no había versión española, especialmente los de Erckmann-Chatrian. A todos ellos muchas gracias, como también a los compañeros y amigos de la Universidad Carlos III de Madrid, a mis amigos y, por supuesto, a Raquel y a toda mi familia (solo ellos saben las horas que les he robado por la dedicación a esta obra); incluida la última incorporación, Nico, a quien está dedicado este libro.

CAPÍTULO PRIMERO

UN SIGLO DE SUPREMACÍA DE LA CULTURA DE LA PAZ

Convendrá con nosotros el lector en que estamos viviendo tiempos ciertamente convulsos por muchos motivos, pero, especialmente, por el desarrollo de las relaciones internacionales, con el fantasma de una guerra global —¿quién lo iba a decir hace tan solo unos años?— en el horizonte. Y quién le iba a decir a un ciudadano estadounidense de cultura media que escucharía de su presidente decir en un tono amenazante que dispone de misiles «nuevos, bonitos e inteligentes» (si el presidente Wilson o el propio Abraham Lincoln levantarán la cabeza...). Parece que el mundo se ha vuelto loco...; o, por lo menos, que ha dejado de tener un rumbo con fundamento, como queda de manifiesto, por ejemplo, en el «ahora sí, ahora no...» de una posible entrevista entre el presidente Trump y el presidente de Corea del Norte Kim Jong-un entre mayo y junio de 2018. No en vano, el día 8 de este último mes, en los prolegómenos de las conversaciones de la cumbre del G7 en Canadá, el presidente del Consejo Europeo, Donald Tusk, afirmaba que esa cumbre sería la más complicada de las que se habían dado en muchos años, dado que, según su

parecer, Donald Trump quería cambiar el orden internacional. Desde luego, entre sus muchas medidas discutibles y discutidas por los analistas internacionales, la progresiva política de proteccionismo económico «militante» que pone en práctica no es precisamente un acicate para la solidaridad y, en definitiva, la paz del mundo. La cumbre terminó con un sonoro fracaso.

En el año 2000 se celebraba, algunos lo recordarán, la conmemoración del nacimiento del emperador Carlos V, y tuvimos ocasión entonces de impartir una conferencia sobre este personaje tan «político» en la ciudad de Zaragoza. Comenzamos la misma diciendo que el mundo actual —aquel, porque parece que ha pasado toda una era histórica— no se parecía en nada al del César hispano porque la política internacional —léase las relaciones de poder— era prácticamente la esencia de sus decisiones de gobierno, mientras que, en el tránsito del segundo al tercer milenio, lo económico había desbancado —parecía que definitivamente— a lo político, y que las decisiones de gobierno estaban orientadas hacia las cuotas de producción, las estrategias de fiscalidad, la complementariedad de mercados, etc.

Y nos equivocamos. No es que estuviéramos demasiado condicionados por la obra aparecida unos años antes de Francis Fukuyama (1992) sobre el fin de la Historia basándose en un pretendido carácter definitivo de la victoria de la democracia liberal frente al comunismo (más bien todo lo contrario), pero nada hacía pensar en el retorno de la política, de la gran política internacional, con todos sus condicionantes sobre la lógica del poder, a la primera línea del discurrir histórico. El año siguiente lo cambió todo. Los atentados terroristas (aunque no solo) de septiembre de 2001 (con las imágenes repetidas una y otra vez de aquellos aviones estrellándose en el World Trade Center de Nueva York y asesinando a miles de personas) pronosticaban un cambio, a peor, en las relaciones internacionales; y aquellos pronósticos se cumplieron. Lo que ha venido después ha sido un

rosario de tribulaciones y pasos inciertos —con ese amenazante «choque de civilizaciones» (Huntington, 2005 [1996]) en no pocos discursos de todo tipo— que nos han traído a la situación actual de incertidumbre y verdadera encrucijada en la evolución de la cultura de la paz, la cual parecía estar asentada entre nosotros de manera definitiva.

Las provocaciones de los últimos meses entre distintos países, la mayoría de ellos incluso con armamento nuclear (como las que se produjeron en el verano de 2017 entre, precisamente, Estados Unidos y Corea del Norte, cuando la diplomacia americana había pasado de la diplomacia a las advertencias de «fuego y furia»), han entrado en un lenguaje bélico que, seguramente en otros tiempos donde la cultura de la paz no tuviera tanta importancia, hubieran hecho efectivo aquel ya clásico aforismo de Daniel Pick en el sentido de que los conflictos militares no empiezan con el primer tiro, sino con las palabras, las imágenes y las ideas, que constituyen la base discursiva del conflicto militar. Pero, felizmente, como veremos a partir de las páginas que siguen, la cultura de la paz (las formas de pensar, sentir y actuar de una forma pacífica y antimilitarista) se ha ido asentando en la mayor parte del planeta como para que las cosas no pasen —de momento— a mayores. Lo que no impide esa zozobra generalizada en la que nos movemos cuando pensamos en el futuro más inmediato de las relaciones internacionales. ¿Seguirá siendo un futuro de paz sobre la base de aquellas todavía mucho más clásicas palabras del gran Cicerón de que había que preferir la paz más injusta a la más justa de las guerras?

No lo sabemos. Bien es conocido que al historiador no le corresponde adivinarlo, pero sí explicar por qué hemos llegado hasta esta situación, tanto en la perspectiva de plazo corto como —es el objeto de este libro— en el largo.

Una situación en la que dudamos de lo que hasta hace poco era una realidad incontestable. Incluso el proceso pacífico, desde

nuestro punto de vista, más importante de toda la historia moderna del Viejo Continente, como es el proceso de construcción de la Unión Europea, no está exento hoy de dudas y espacios oscuros; sobre todo a partir de las respuestas a la gravísima crisis económica y el *Brexit*.

Después de siglos de enfrentamientos que hasta llegaron a definir la superioridad tecnológica de Occidente y sus consecuencias en todos los ámbitos, lo que no se había conseguido con las guerras, la unión pacífica de todos los pueblos europeos, se estaba —creemos pensar que todavía se está— consiguiendo con la paz. Frente a los problemas —que veremos— de enajenación de soberanía para constituir un espacio de convivencia pacífica y solidaria que han jalonado la historia del mundo en siglos anteriores, la Unión Europea, sin embargo, es un ejemplo de lenta (a veces casi imperceptible) pero progresiva enajenación de soberanía, absolutamente histórica (se echan de menos ensayos valorativos de este tipo), a lo largo de estos últimos años. No hay que irse muy lejos para comprobarlo. El caso más reciente puede ser el de la obligación de todos los países miembros de considerar residentes a los cónyuges de los homosexuales de un país miembro, aunque en este país no esté permitido el matrimonio homosexual (5 de junio de 2018). Somos testigos de excepción de un proceso pacífico de esta magnitud que va contra el discurrir violento de los siglos europeos, pero las amenazas a esta prometedor situación hoy están ahí, con esos negros nubarrones (además de los mencionados, el ascenso de los populismos antieuropeístas no es asunto menor) que no nos dejan claro el horizonte.

Tampoco tenemos mucha certidumbre sobre si todas las guerras son condenables o no. Los crímenes espeluznantes del ISIS, o de los señores de la guerra de Somalia del año 92, con su genocidio cruel, parece que vienen a señalarnos la idoneidad de la guerra en determinados casos. Pero ¿no es esto una clara posi-

ción de justificación de la violencia para solucionar un conflicto? ¿Dónde están exactamente los límites de las amenazas para que sea justa o no la utilización de la fuerza bruta a través de la guerra? ¿Cómo poner realmente a todos los países de acuerdo, con las consiguientes respuestas? Y otra cuestión: ¿reflexionamos lo suficiente sobre el gravísimo peligro de la indiferencia ante la guerra que cantaba León Gieco en 1978?: «Solo le pido a Dios / que la guerra no me sea indiferente / es un monstruo grande y pisa fuerte / toda la pobre inocencia de la gente». La actitud occidental ante la Guerra de Siria parece que contradice esa extensión de la cultura de la paz dominadora de nuestro tiempo.

Y la gran pregunta: ¿estamos suficientemente vacunados contra la guerra?

Son interrogantes que ahondan en esta zozobra. Hasta hace poco nadie en su sano juicio defendía en una reunión de amigos que la mejor forma de solucionar un problema internacional es recurrir al ejército y el conflicto militar. Pero las nuevas amenazas, como las mencionadas, por lo menos parece que han instalado la duda.

Desde nuestro punto de vista, el estudio de las culturas de la guerra y de la paz que han acompañado a Occidente durante siglos nos puede arrojar luz sobre estas cavilaciones.

TERRIBLE INVOLUCIÓN: LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Es claro el avance de la cultura de la paz durante el último siglo y su pervivencia en la sociedad actual. La Gran Guerra, con su carácter descomunadamente destructivo, sobrepasaba las dimensiones humanas de asimilación de la guerra. Y la proyección del ingente número de víctimas y de las representaciones tan próximas del sufrimiento hasta límites desconocidos harán que se dé un punto de inflexión importantísimo que llevará, en esa

dialéctica entre la guerra y la paz que ha acompañado siempre a Occidente, a que la cultura de la no violencia entre los estados se imponga a la hasta entonces dominadora cultura de la guerra.

Se podrá decir que la fecha de la Primera Guerra Mundial no es precisamente un buen punto de partida para tal afirmación, puesto que la seis veces más destructiva (en el aspecto de las bajas humanas, no digamos en el material) Segunda Guerra Mundial demostraba cuán inconsistente era aquella cultura pacifista. Pero, desde el punto de vista cultural, este último conflicto fue en realidad una excepción —infinitamente sangrienta en el plano de los hechos históricos— a la línea progresiva pacifista que se imponía sobre el horizonte bélico desde la finalización de la Gran Guerra. En realidad, fueron una serie de circunstancias —terriblemente fatales— que coincidieron en el tiempo las que hicieron que el mundo contemplara otro desastre de una magnitud todavía mucho mayor. Era difícil que se dieran esas circunstancias al mismo tiempo, pero se dieron, y el planeta entero caminó hacia el abismo.

En el año 2019 deberíamos celebrar un acontecimiento tan beneficioso para la humanidad como una paz general después del mayor conflicto bélico que había vivido el mundo hasta aquel fatídico verano de 1914. Pero —una vez más, excepcionalmente— no será así. Como mucho, aprovechando la efeméride, algunos historiadores e intelectuales en general dirigirán exposiciones, impartirán conferencias o escribirán artículos o monografías, pero para analizar el tema desde el punto de vista científico, no conmemorativo ni, mucho menos, con tintes de celebración o festivo. Sería una tremenda irresponsabilidad. Aquella Paz de París de 1919, especialmente en lo que se refiere al Tratado de Versalles, fue, en definitiva, uno de los mayores fracasos que se hayan dado nunca de que prevaleciera, en el fondo de las negociaciones, la paz, la verdadera paz. Se ha dicho con respecto a aquella gran cita diplomática que en ella se ganó la guerra, pero se perdió la paz.